
libros

reconciliación con el modernismo

por Gabriel Zaíd

Hay que releer nuestra poesía modernista. Pasado el apogeo de su gloria y el reposo a la sombra de las devociones provincianas o académicas, parece que ha llegado el momento de leerla otra vez, con otros ojos.

La Biblioteca del Estudiante Universitario tiene la fortuna de contar con una serie de valiosas antologías que han permitido este tipo de revaloración y que muestran la evolución de la poesía en México: *Poesía indígena* y *Epica náhuatl* de Angel María Garibay, *Poetas novohispanos* de Alfonso Méndez Plancarte, *Poesía neoclásica* de Octaviano Valdés y *Poesía romántica* de José Luis Martínez y Alí Chumacero. La reciente *Antología del modernismo (1884-1921)* de José Emilio Pacheco,* extiende el panorama hasta principios de este siglo.

Los dos tomos comprenden un prefacio, introducción, notas biográficas y selección de poemas de Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Francisco González León, Manuel J. Othón, Francisco A. de Icaza, Luis G. Urbina, Amado Nervo, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Alfredo R. Placencia, Rafael López, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde; bibliografía sumaria, notas a los poemas e índices: general, de autores y de primeros versos.

El buen gusto de la selección, el cuidado de la edición crítica, la información historiográfica y la interpretación del modernismo, dejan ver detrás de este trabajo toda una empresa laboriosa y apasionada. Se trata de una investigación rigurosa, en la que se revisan las corrientes literarias, las singularidades de los poetas y las afinidades y diferencias con el modernismo de otros países. La valoración literaria se complementa con la social y política de la época. La situación del modernismo no se limita al contexto literario mexicano y de la lengua española, sino que se relea desde el contexto universal de la cultura moderna:

“Síntesis de las artes que arranca de un impulso wagneriano, el modernismo une la solitaria rebeldía romántica, la música de la palabra aprendida en los simbolistas y la precisión plástica tomada de los parnasianos. No es un simple reflejo de la poesía europea: asume características propias y arraiga en la tradición barroca hispanoamericana.”

“El modernismo es una operación de mediación, una tentativa de convertir la cultura planetaria (y no sólo europea) en lenguaje americano. Significa para las literaturas de lengua española la primera etapa del movimiento moderno que, simultáneamente en la poesía y en la novela, comienza en Europa hacia 1860 y a partir de 1880 establece una nueva sensibilidad.

Vale la pena señalar que es un joven poeta, hoy, como tantas veces, quien nos reconcilia con nuestros abuelos. Hay en esto una actitud profundamente moderna: la reinterpretación universal, la contemporaneidad universal, que ya estaba, naturalmente, en el modernismo, si sabemos releerlo y convertirlo, así, en nuestro contemporáneo, como lo hace esta antología.

El conjunto representa una síntesis cuya riqueza informativa se muestra especialmente en las biografías y notas a los poemas. Más aún: se trata de la primera edición correcta de muchos de los poemas que, en ediciones antiguas y recientes, contienen lamentables erratas y omisiones. Pero quizá lo más valioso de esta antología es que el aparato crítico no devora los textos: los ilumina. La poesía modernista, que teníamos por leída, nos sorprende una y otra vez aquí: resulta viva.

* *Antología del Modernismo*. Selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco. 2 vols. México, UNAM, 1970 (Biblioteca del Estudiante Universitario).

ciencia propia y colonialismo

por Miguel Bautista

El desarrollo de una ciencia social propia, con temática y preocupaciones propias —que desde luego no implica exclusivismo ni chauvinismo sino concreción y realismo— es una necesidad de los países hispanoamericanos. Sobre todo tomando en considera-

ción la presión que el imperialismo ejerce sobre nuestro subcontinente. Dada la posición geográfica y la aguda situación de dependencia económica de nuestros países, éstos sufren las andanadas de una presión “cultural” neocolonialista que deforma y

empobrece nuestra cultura. Por tanto también sería necesario el fortalecimiento de nuestra cultura entendida, precisamente, como creación de valores y como estilo de vida. En su libro *Ciencia propia y colonialismo intelectual** el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda trata esta problemática.

Son investigaciones, principalmente en el campo de la sociología, sobre la perspectiva de un desarrollo social y científico autónomo de América Hispana. “Nada más fácil —dice— que seguir la vía del mimetismo intelectual. Pero nada también más peligroso para nuestra identidad y supervivencia como pueblo” (p. 18).

De acuerdo a la época actual, el autor propone dar al científico social una conciencia mayor de la responsabilidad que tiene en la elaboración de una ciencia que parte de nuestras realidades y no se ciñe a modelos que resultan inoperantes. Los sociólogos hispanoamericanos se han dejado llevar por el empleo de modelos teóricos y prácticos de la escuela empírica, de origen anglosajón, que impiden el planteamiento de los verdaderos problemas sociales, económicos y políticos (subdesarrollo, caciquismo, explotación, dependencia) que tienen que ver con la liberación de Hispanoamérica. De allí la necesidad para el sociólogo consciente de esta situación de abandonar esos esquemas y utilizar conceptos como los de “violencia”, “caudillismo”, “democracia”, “crisis”, “explotación”, “neocolonialismo”, “dependencia” y otros que reflejan el estado social actual. Curiosamente éstos fueron ya conceptos de la sociología del siglo XIX, pero quedaron abandonados luego, al advenir las escuelas del empirismo y la microsociología, que derivaron en investigaciones fútiles e inapropiadas para entender nuestra realidad.

Por otra parte considera necesario el autor para las actuales ciencias sociales —concebidas tradicionalmente como provincias separadas y faltas de una visión global—, el desarrollo de un trabajo “interdisciplinario”, o sea de mutuo enriquecimiento y conexión. La crisis social actual —asienta— “parece exigir una ciencia integral del hombre, sin distinguir fronteras artificiales o acomodaticias entre disciplinas afines” (p. 61).

En resumen, como reacción ante un cientificismo empirista y limitado a investigaciones parciales, que ha tenido influencia en sectores académicos de Hispanoamérica, muchos sociólogos buscan hoy día la conexión con la vida social y política y el empleo de concepciones objetivas, de conjunto, de la vida social.

Así, se encuentra como cuestión palpante el enfrentamiento del sociólogo ante las contradicciones y conflictos de Hispanoamérica.

Escribe Fals Borda: “Si se acepta la premisa general de que las concepciones científicas están inevitablemente condicionadas por —y ligadas a— la estructura de la sociedad en la cual son concebidas, el sociólogo latinoamericano de hoy en casi todos nuestros países no puede dejar de reaccionar ante las dramáticas incongruencias e inconsistencias sociales que le rodean. Mientras más conciencia tiene de la co-

nexión entre conocimiento y conflicto, más efectivo puede llegar a ser, bien como científico o como miembro de la comunidad" (p. 25).

Es claro que la conciencia de la realidad social y económica de nuestros países lleva así, o debe llevar, a los científicos sociales de más clara conciencia, al compromiso con las fuerzas sociales capaces de llevar a cabo una transformación social progresista, democrática y antimperialista. Fals Borda lo denomina, con una terminología muy particular, "compromiso acción": "El compromiso acción es ideológico e implica una visión dentro de la ciencia. Esta visión está condicionada por pautas sociales y trascendentales cambios políticos que llevan a los científicos a una evaluación de su disciplina y a una reorientación de la misma. De este proceso van resultando no sólo la acumulación del conocimiento científico sino también su enriquecimiento, su renovación, su revitalización" (p. 75).

El científico hispanoamericano puede colaborar en la tarea de autonomización de la cultura latinoamericana "al promulgar e imponer reglas adecuadas para una ciencia nueva, rebelde y comprometida con la re-

construcción social necesaria... "Es la tarea del momento, la que parece de mayor trascendencia y envergadura, la que definirá el futuro de la América Latina como el todo que ya es y que empieza a articularse" (p. 21).

Este libro de Orlando Fals Borda nos parece un signo de los tiempos que corren en Hispanoamérica, donde el sociólogo y el hombre de pensamiento deben pronunciarse sobre los ingentes problemas de nuestros pueblos. Aunque muchas de las reflexiones de este libro están en fase de corrección y evolución, son positivas pues indican un cambio de mentalidad de los sociólogos de nuestra América. Es cierto que los conceptos aludidos de explotación, caudillismo, violencia, neocolonialismo, como reflejo de una realidad dramática no son nuevos, pero aproximan al sociólogo a esa ciencia nueva que está naciendo en Hispanoamérica, que basada sobre todo en el marxismo, propone soluciones revolucionarias a nuestros problemas.

* Orlando Fals Borda: *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1970, 138 pp.

nos, una restitución del hombre a las necesidades auténticas, en contraposición a las falsas y de desperdicio que la sociedad superindustrializada y de consumo nos obliga, diariamente, a tragar.

El amor, la nobleza, la ternura, la cotidianeidad (entre otras), son las categorías vitales que mueve Orgambide, dándonos como resultado un libro saludable (aun siendo nostálgico) en el que lo patológico deja de ser la motivación básica, para dar paso libre a lo diario-verdadero, incluida la locura. Por eso señalamos al principio que *La buena gente* es un libro de lo cotidiano-fantástico (o viceversa), porque en una sociedad como la nuestra (en la que todos los valores están trastocados) puede resultar fantástica la fidelidad, por ejemplo, pero también puede serlo una presencia —real o inventada— en la noche.

En estos términos, *La buena gente* es también una confrontación entre lo fantástico y lo real, lo subjetivo y lo objetivo, lo interior y lo exterior, porque como señalaba Eluard, "existen otros mundos, pero todos están en éste".

De esta manera, en *La buena gente* se produce una consustanciación que dibuja con exactitud la verdadera, cambiante y multifacética entidad que es el hombre, unas veces el gavión de *Elegía para una yunta brava*, en otras el sastre de *El paracaidista*, y en algunas el escritor de *Oficio de soledad*.

Por lo demás, estas narraciones de Orgambide nos restituyen el "placer de leer", perdido casi entre tantas tortuosidades, elucubraciones y patologías que nos traen la generalidad de las novelas y cuentos contemporáneos.

Casi la totalidad de los treinta cuentos que conforman el volumen, además, son excelentes, de primerísimo orden, incluso incursionando en tesituras diferentísimas y muchas veces opuestas. El lenguaje es sencillo y vital, enraizado en las situaciones, funcional, lo cual hace que el libro prácticamente se devore, que su lectura sea un deleite, no una tortura.

No dudamos, para terminar, que este libro de Orgambide merezca el éxito que ha tenido (y probablemente seguirá teniendo en sus próximas ediciones), cosa que no es común ni en uno ni en otro sentido, ya que por lo general es lo malo lo que se convierte en *best-seller* y lo bueno no.

* Pedro Orgambide: *La buena gente*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970. 136 pp.

dos notas

por Miguel Donoso Pareja

LA BUENA GENTE

Después de haber publicado varias novelas y libros de cuentos (en Jorge Alvarez y en el Centro Editor de América Latina), lo cual le valió situarse desde el principio entre los más importantes escritores argentinos, Pedro Orgambide, nacido en 1928, acaba de lograr su primer *best-seller*.

En efecto, su libro de cuentos *La buena gente** se mantuvo, durante varias semanas (agotando su edición), entre los más vendidos en Buenos Aires, junto a *Papillón*, *Relato de un naufragio*, *Carta a Buenos Aires violento* (de Eduardo Gudiño Kieffer) y *Teorema* (de Pasolini).

La buena gente es un volumen de treinta cuentos de lo cotidiano-fantástico (o de lo fantástico-cotidiano, qué más da), en los que Orgambide juega, con un estilo sencillo y directo (lleno de pulsaciones, eso sí, muy vital), con las cosas de todos los días, haciendo realismo, literatura fantástica, drama y melodrama, impugnación y cuestionamiento, etcétera.

En conjunto, pues, el libro está centrado en "las buenas gentes que nos rodean", y ante ellas el autor muestra sus envidiables condiciones de observador, su compromiso humano y su pericia narrativa.

La buena gente, por otra parte, plantea una tesis: la de cómo, por regla casi general, los escritores de nuestros días se han sumido en embrolladas, difíciles e insolubles angustias metafísicas, dejando de lado las cuestiones más reales e inmediatas.

Esto se encuentra claramente expuesto en esa formidable viñeta que es *La grieta*,

en cuya parte principal dice: "Voy a demolerlo, pensó el crítico. Fue entonces cuando vio la grieta. Esa noche escribía una de sus temibles críticas. Ocupado, como estaba, en cosas importantes (descubrir la nueva novela latinoamericana, el estructuralismo, la revolución del lenguaje, abominar del relato lineal) apenas reparó en esa grieta que comenzaba a abrirse en la pared, un poco más arriba de los estantes de libros. Tendré que llamar al albañil, pensó casi con pudor; le fastidiaba lo intrascendente..."

Ese "le fastidiaba lo intrascendente", lleva, sin duda, una fuerte carga de ironía, sobre todo porque subraya de qué manera los valores han sido trastocados, en nuestro tiempo, por un "trascendentalismo" que se traduce fielmente en posturas e *snoobs*.

De aquí, de esta toma de posición, nace que el libro se llame *La buena gente*, puesto que Orgambide quiere hacer, con él, un rescate de los verdaderos valores huma-

